

Ex (con equis)

Augusto Godachevich

(Obra para seis actores, más tres obras breves)

Obra de teatro:

— Ex (con equis) (*Obra 6 actos para 6 Actores*)

Obras breves:

—Siempre piden más (*Dos actrices*)

—Bernabé (Dos actores)

—El payaso de Galdina (*Dos actores*)

Augusto Godachevich / 2011-2013

“Siempre piden más” fue estrenada en la “Escuela de estética” en la ciudad de Pergamino en el año 2011. Actuaron Liliana Soria y Paola Cova. Dirigieron Ana Julia Vigo y Augusto Godachevich.

“Bernabé” fue estrenada en la sala “Ombbligo Universal” en la ciudad de Pergamino en el año 2013. Actuaron Matías Carranza y Alejandro Uribe. Dirigieron Ana Julia Vigo y Augusto Godachevich.

Ex (con equis)

Beatriz

Luján

Felicitas

Teodoro

Guadalupe

Prosperina

ACTO 01 (Beatriz y Luján)

(Luján está en su pieza. Se encuentra mirando videos sobre cómo se van formando los hijos dentro de la panza. Se la ve muy atenta. Se escucha el audio del video. Se escucha la puerta de calle. Llegó su madre. Lujan apaga).

Beatriz —(Entrando). Hola, hija. (La ve rara). ¿Qué estás haciendo en casa a esta hora?

Luján —Te estaba esperando. Quería hablar con vos.

Beatriz —¿Qué pasó? No me asustes.

Luján —Mira... No es algo fácil de decir...

Beatriz —Por Dios, Luján, decime qué te pasó...

Luján —Estoy embarazada.

Beatriz —¿Qué? ¿Cómo que estás embarazada?

Luján —Sí, voy a tener un hijo.

Beatriz —Pero... ¿De quién es? Si ni siquiera tenés novio vos. ¿Cómo puede ser que estés embarazada?

Luján —Fue un descuido.

Beatriz —¿Un descuido? ¿Quién es el padre?

Luján —Un chico que conocí un fin de semana.

Beatriz —¿Un fin de semana? ¿Me estás diciendo que estás embarazada de un desconocido?

Luján —No es un desconocido.

Beatriz —¿Lo conocías de antes?

Luján —No, no.

Beatriz —Entonces es un desconocido, Luján... ¿Qué me estás diciendo?

Luján —Sí, no sé, depende de cómo se lo mire. En realidad, es amigo de un conocido.

Beatriz —Esto ya es demasiado. Vestite que vamos a la clínica.

Luján —¿A la clínica?

Beatriz —Sí. Quiero que te vea mi ginecóloga.

Luján —Ahora no tengo ganas. Mejor vamos mañana.

Beatriz —(Dándole a entender que hay que abortar lo antes posible). Hija, a estas cosas no hay que hacerlas esperar.

Mientras más tiempo pasa, es más peligroso. ¿Entendés?

Luján —Yo no quiero que me lo saquen.

Beatriz —¿Cómo?

Luján —Lo que escuchaste. Yo lo quiero tener.

Beatriz —Vos sos muy chica para tomar ese tipo de decisiones.

Luján —No me van a sacar a mi hijo.

Beatriz —Pero... ¿Qué es lo que querés? ¿Ser una madre soltera? ¿No poder estudiar ninguna carrera? ¿Te creés que es un chiste tener un hijo?

Luján —¡Basta, mamá! En este momento no puedo pensar en esas cosas.

Beatriz —¿Y en qué momento lo vas a pensar?

Luján —No sé, más adelante.

Beatriz —Luján, te pido por favor... Vamos a la clínica.

Luján —No.

Beatriz —(Se sienta a la mesa y se trata de calmar) A ver...

Dame el celular del chico.

Luján —¿Qué chico?

Beatriz —Del que te embrazó. ¿De qué estamos hablando?

Luján —No sé... No lo tengo.

Beatriz —¿Cómo que no lo tenés? ¿Vos te acostas con el primer pibe que te cruzas... y ni siquiera la pedís el celular?

Luján —Es que... no sentí que hiciera falta.

Beatriz —Hija... ¿Vos siempre te acostás con hombres que no conocés, así, en la primera noche?

Luján —No, siempre no. (Pensando). A veces. O sea...Si me gusta, le doy.

Beatriz —(Repite sin poder creer la frase que acaba de escuchar) “Si me gusta, le doy”.

Luján —Y sí, má, ahora es así. No hay tantas vueltas como en tu época.

Beatriz —¿Todas tus amigas hacen lo mismo?

Luján —Y... hay de todo. La mayoría sí. Pero hay algunas que se las dan de difíciles, pero en realidad es porque nadie se les tira. ¿Pero ellas qué van a decir? Tienen que decir que no quieren. Queda re mal decir que no pueden.

Beatriz —Claro. Así que ahora es así...

Luján —Y sí.

Beatriz —¿Pero nunca pensaste en buscar a un chico que sea para algo más que pasar la noche?

Luján —No sé, por ahora no da.

Beatriz —¿Y tus amigas no tienen novios?

Luján —Algunas sí, pero son re-cornudas.

Beatriz —¿Y cómo sabés eso, vos?

Luján —Porque la mitad de los pibes se acostaron conmigo, mamá.

Beatriz —(No lo puede creer) ¿Cómo que se acostaron?

Luján —(Que no quiere usar las palabras reales). Ay, mamá.

Beatriz —Hija... ¿Vos tenés sexo con los novios de tus amigas?

Luján —Con todos no... Con los que me gustan.

Beatriz —Pero, hija, son tus amigas...

Luján —¿Y eso que tiene que ver? Van a seguir siendo mis amigas igual. Total, no se enteran. No me voy a perder la oportunidad por ellas.

Beatriz —No puedo creer todo lo que me estás diciendo. ¿Me podés explicar cuál es la gracia de acostarse con tantos chicos?

Luján —Ay, mamá. Vos sos mujer. ¿Hace falta que te lo explique? ¿Cómo me tuviste a mí? ¿Fue el espíritu santo?

Beatriz —A vos te tuve haciendo el amor con la persona que amaba. Es muy diferente a esto que me estas contando.

Luján —¿Y cómo te fue haciendo el amor? ¿Dónde está mi papá ahora?

Beatriz —Sabes muy bien que no sé dónde está.

Luján —Bueno, yo tampoco sé dónde está el padre de mi hijo. ¿Cuál es la diferencia entonces? (Beatriz no responde). Por lo menos yo no voy a sufrir todo lo que sufriste vos cuando papá te dejó.

Beatriz —Pero hija... (No sabe que decir).

Luján —¿Qué?

Beatriz —Los hijos se tienen por amor.

Luján —Mirá, mamá, tuve que verte sola durante toda mi vida, cargando conmigo para todos lados. Nunca más pudiste estar con un hombre. Todavía tenés la foto de papá en la billetera.

¿Eso es el amor? ¿Así terminan los que deciden tener hijos por amor? No, gracias. Prefiero tener hijos a mi modo.

Beatriz —¿Con un desconocido?

Luján —Prefiero que sea de un desconocido que nunca se enteró que fue padre, antes que de un cagón que abandona a su familia, y a la mujer que, supuestamente, amaba.

Beatriz —(Ya como favor). Hija, por favor. Vamos a la clínica.

Luján —No mamá, este hijo es mío. Ahora me toca a mí.

(Silencio)

Beatriz —¿Vas a dejar de acostarte con desconocidos ahora que vas a ser madre?

Luján —No sé. No es algo que haya pensado. Ya veré como se va dando todo.

Beatriz —Esto es culpa mía.

Luján —No te hagas problemas, mamá. Hiciste lo que pudiste. Yo lo sé más que nadie. (Se acerca a su madre, la cual está sentada, y la abraza. La mamá le pone una mano en la panza)

ACTO 02 – (Felicitas y Teodoro)

Teodoro —(Entrando un poco nervioso). Buenas...

Felicitas —¿Qué hacés vos acá?

Teodoro —Nada, pasaba. ¿Vos todo bien?

Felicitas —Si, sí. Todo bien. (Espera que él diga algo, pero no dice nada). ¿Qué te pasa? ¿A qué viniste?

Teodoro —Eh... no sé, nada... vi luz y... “penetré”.

Felicitas —¿Cómo, nada? ¿Qué pasa?

Teodoro —Es que... pasé por acá, y me dieron unas ganas terribles de... de saber de vos.

Felicitas —Mentira... Si te caigo re-mal.

Teodoro —No, para nada. ¿Cómo me vas a caer mal?

Felicitas —¿Vos te creés que no me doy cuenta?

Teodoro —¿Se nota mucho?

Felicitas —Obvio.

Teodoro —Bueno... (Lo larga). Está bien, tenés razón. Me caés como el orto. Me parecés insoportable. (Graficándolo): Sos un puercoespín entre mis nalgas.

Felicitas —Bueno, me alegro que seas sincero. Ahora decime a qué viniste.

Teodoro —La realidad es que me mandó... Francisco.

Felicitas —¿Te mandó mi novio?

Teodoro —Sí, tu novio. Va, en realidad tu “exnovio”.

Felicitas —(Creyendo que es otra de sus bromas). ¿Cómo que mí exnovio?

Teodoro —Sí, ex, con equis. Me mandó para decirte que...

(Mueve la cabeza): “No va más”

Felicitas —¿Vos sos boludo?

Teodoro —Intermitentemente...

Felicitas —Escuchame, Teo, como chiste ya se pasó de la raya. Andate a tu casa, y déjame de joder, que estoy ocupada... (Está sentada cortando unos cartones).

Teodoro —Es en serio. Te lo juro, Felicitas Juárez Esquivel.

Felicitas —(Creyendo aún que es broma). Vos sos muy forro... (Que ya se pudrió. Agarra el celular y llama a Francisco. Suena y atiende el contestador). La puta madre, me atendió el contestador.

Teodoro —Me dijo que lo iba a tener apagado. Sé que te lo tendría que haber dicho antes, pero... entenderás mi situación.

Felicitas —Bueno, habrá que esperar a que lo prenda, entonces...

Teodoro —Ok, esperemos. ¿Tenés una revista?

Felicitas —No.

Teodoro — Bueno. Entonces paso al baño. (Sale por una pata.

Silencio se escucha la cadena. Gritando desde afuera) Che...

Francisco embarazó a una mina.

Felicitas —¿Eh?

Teodoro —(Vuelve a entrar abrochándose la bragueta). Ya está. Lo dije. Por fin. Era eso. Francisco embarazó a una mina.

Felicitas —¿Cómo que embarazó a una mina?

Teodoro —Sí, pero fue sin querer. No lo hizo de mala leche.

Felicitas —¿Qué decís?

Teodoro —Sí, sé que decir “mala leche”, en este contexto, es un poco desubicado, pero... fue lo que salió. Sin mala intención.

Felicitas —¿Cómo me podés decir eso?

Teodoro —(Explicándose con las manos). También me dijo que te diga, claramente, que no la ama a la otra mina, que te ama a vos, pero que, como embarazó a la otra mina, se tiene que hacer cargo... y por eso ya no puede estar con vos, por más que te amé. Cuestiones de... (Busca la palabra) ...responsabilidad.

Felicitas —¿Quién es la mina?

Teodoro —No sabe.

Felicitas —¿Cómo que no sabe? Dale, pelotudo.

Teodoro —No, no sabe. Es una con la que se encontró la otra noche en un bar. Una rubiecita, chiquita... linda piba, agradable. Creo que es más chica que vos... y un poco más... (Busca la palabra) ...un poco más sexy. Con equis.

Felicitas —Mira qué bien... ¿Cómo se llama? (Hace un gesto que indica que no sabe). ¿Así que el señor me metió los cuernos?

Teodoro —Sí, un poco no más.

Felicitas —¿Cómo que un poco?

Teodoro —No, perdón, tenés razón. Te los metió enteramente. Más enteramente, imposible. Noventa y nueve por ciento de efectividad.

Felicitas —Callate, pelotudo.

Teodoro —Trato de ponerle onda.

Felicitas —¿Onda? ¿Mi novio embarazó a una pendeja, y vos le querés poner onda?

Teodoro —Está bien. No sé qué decir. Es la vida, ya va a pasar... ¡All you need is love!

Felicitas —(Que ni lo escucha) ¿Y vos qué?... ¿Sos tan patético que venís hasta acá, hasta mi casa, a contarme con una sonrisa que soy cornuda? No tenés vida, chabón.

Teodoro —Me río de los nervios. En realidad, cuando me pidió que venga a decirte todo esto, le dije que no venía ni en pedo.

Felicitas —¿Y cómo te convenció?

Teodoro —(Saca cinco billetes y se los muestra) Quinientos verdes.

Felicitas —¿Tanto miedo me tiene que se gastó quinientos dólares en mandar a su patético amigo?

Teodoro —Parece que sí. Me dijo que, estaba seguro, que si venía a decírtelo él, lo matabas a trompadas.

Felicitas —¿Eso te dijo?

Teodoro —Sí, estaba asustado, pobre Fran.

Felicitas —¿Yo te parezco una mina violenta?

Teodoro —Un poco. Pero casi nada, un toque no más. Lo clásico. Un par de trompadas, gritos histéricos a las dos de la mañana, vasos que vuelan por los aires...

Felicitas —Ah, te contó lo de los vasos...

Teodoro —Igual, viste que es medio exagerado, Franchu... Lo contaba como si hubiese sido una escena de “Matrix”. Que los vasos volaban... que él los esquivaba...

Felicitas —¿Quién es la mina?

Teodoro —No sé, te digo que no sé. Te lo juro por mi caniche toy.

Felicitas —Dale, largá... ¿Cómo se llama?

Teodoro —Ni idea cómo se llama. Pero tiene cara de...

Verónica, o Vanesa... Sí, más cara de Vanesa que de Verónica.

Felicitas —(Saca la billetera) Tomá. (Le da veinte mil pesos).

Teodoro —(Mirando el billete y viendo que le parece poco)

¿Qué me das?

Felicitas —Dale, agarrá y decime cómo se llama.

Teodoro —¿Vos creés que voy a traicionar a mi amigo por esta plata?

Felicitas —Entonces lo sabés...

Teodoro —¿Yo?

Felicitas —(Saca cincuenta más). Tomá, es todo lo que tengo.

Teodoro —(Agarrando la plata). Se llama Luján.

Felicitas —¿Qué apellido?

Teodoro —Ah, no, ni idea el apellido. Sé que se llama Lujan, no más, porque Fran me la presentó. Me dijo “Te presento a Lujan,

la chica que embaracé sin querer. Fue mala leche. (Marcando mucho la equis). ¿Pero no me vas a negar que es súper sexy?”

Felicitas —(Vuelve a abrir la billetera y saca todo el cambio que tiene. Se lo da). Ya está, no tengo más nada.

Teodoro —(Agarra la plata. La cuenta. Saca un papel del bolsillo): Tomá, ahí tenes. Ahí está: nombre, apellido, dirección y celular.

Felicitas —Así me gusta.

Teodoro —No le vas a decir a Fran que te lo di yo... Mira que me mata.

Felicitas —¿Y vos por qué tenías los datos de ella en un papel?

Teodoro —Por si los necesitabas.

Felicitas —(Que entiende que ya venía a pedirle guita). Sos una basura.

Teodoro —Si me vas a tratar así, devolveme el papel, y listo. Amigos como siempre.

Felicitas —Si nunca fuimos amigos, lacra.

Teodoro —Sos una desagradecida. ¿Qué vas a hacer con la piba?

Felicitas —(Mirando el papel) No sé, quiero conocerla.

Teodoro —(Comenzando a asustarse) No la vas a lastimar...

Felicitas —Vos no te metas. Ya hiciste demasiado. Andate a tu casa.

Teodoro —¿Qué le digo a tu ex?

Felicitas —Decile que trate de ser feliz.

Teodoro —Y, no va a ser fácil. Pensá que ser padre tan joven... Y más de alguien que no ama...

Felicitas —Para ser padre, antes tiene que nacer el bebé, y eso es algo que puede no llegar a pasar.

Teodoro —Pará, Felicitas, me estás asustando. Mejor devolveme el papel. (Busca la plata y se la quiere dar). Tomá, tomá. Dame el papel.

Felicitas —Soñá que te lo voy a devolver. Andate de acá.

Teodoro —Dame, boluda.

Felicitas —(Lo empuja sacada). Andate, forro. (Él le quita el papel a la fuerza y se lo guarda en el bolsillo).

Teodoro —Vos estas demasiado loca.

Felicitas —Francisco es mío, y va a tener el primer hijo conmigo. No con esa pendeja trola. (Agarra la trincheta de la mesa). Ahora dame ese papel, Teodoro. Si no te voy a tener que lastimar.

Teodoro —Felicitas... ¿Alguna vez te dijeron que tu nombre no va mucho con tu personalidad?

Felicitas —(Levantando la hoja de la trincheta y acercándose) Dejate de chistes, y dame el papel.

Teodoro —(Saca el papel, lo hace un bollo y se lo tira). Tomá, enferma. Mejor que no te vayas al carajo.

Felicitas —Andate de mi casa. (Teo se va impotente y preocupado. Felicitas agarra el papel y lo desarruga. Agarra el celular. Mira el papel y marca. No la atienden. Corta. Mira el papel de vuelta. Se pone la campera. Apagón).

ACTO 03 (Prosperina y Guadalupe)

(Abre la escena. Está Guadalupe escribiendo una carta, pero no se le ocurre nada).

Prosperina —(Entrando apresurada). ¿Estás bien?

Guadalupe —Estoy como estoy.

Prosperina —¿Qué es esa pelotudez de que te querés matar?

Guadalupe —No sé cómo explicártelo... ¿Leíste Romeo y Julieta?

Prosperina —¿La obra de teatro?

Guadalupe —Sí.

Prosperina —No recuerdo haberla leído. Pero vi la película de Di Caprio.

Guadalupe —¿Titánic?

Prosperina —No, pelotuda, Romeo y Julieta. ¿De qué estamos hablando?

Guadalupe —No sabía que Di Caprio había hecho Romeo y Julieta. ¿Qué personaje hizo?

Prosperina —Adivina.

Guadalupe —¿Romeo?

Prosperina —(Irónica) Muy bien.

Guadalupe —Me encanta Di Caprio. Si no me mato en un rato, a la noche la voy a alquilar.

Prosperina —¿Me querés explicar por qué decís que te querés matar?

Guadalupe —No vale la pena...

Prosperina —Nena, me hiciste salir del laburo. Decime qué te pasa...

Guadalupe —(Avergonzada) Es... Francisco.

Prosperina —¿Te seguís viendo con Francisco?

Guadalupe —Sí, perdoná que no te conté. Sabía que me ibas a retar.

Prosperina —(No lo puede creer) Ah, bueno.

Guadalupe —Perdoname, prima.

Prosperina —¿O sea que todo lo que me contaste, eso de que se habían separado, era mentira?

Guadalupe —No, no. Es todo verdad. Pero después nos volvimos a ver.

Prosperina —No lo puedo creer. Después de todas las que te hizo...

Guadalupe —Tenés razón. Tenes razón en todo... Pero estoy enamorada.

Prosperina —¿Y por él te querés matar?

Guadalupe —Sí. Me voy a tirar por la ventana.

Prosperina —¿Por la ventana? ¿Vos sabías que vivís en el segundo piso?

Guadalupe —¿Y con eso qué?

Prosperina —No creo que te mates desde esta altura.

Guadalupe —¿Vos decís?

Prosperina —Te vas a quebrar todos los huesos, pero vas a seguir viva.

Guadalupe —Bueno, mejor. Así me va a ver al hospital.

Prosperina —¿Francisco?

Guadalupe —Sí, claro.

Prosperina —La verdad es que sos muy pelotuda.

Guadalupe —“El amor tiene cara de pelotudo”.

Prosperina —¿Dónde leíste esa frase? ¿En un libro de autoayuda?

Guadalupe —No, la inventé yo. ¿Te gusta?

Prosperina —Dios mío. A ver... ¿Qué puedo hacer para que no te mates?

Guadalupe —Nada. Si Francisco no quiere estar conmigo me voy a matar.

Prosperina —(Sacada) ¿Y entonces para qué carajo me hiciste salir del laburo? ¿Por qué no te mataste y listo?

Guadalupe —Sos mi prima... ¿Cómo me podés decir eso?

Prosperina — Qué pendeja forra. Solamente pensás en vos. ¿Dónde está tu mamá?

Guadalupe —En una reunión con unas amigas de la iglesia.

Prosperina —(Irónica) Mirá qué lindo.

Guadalupe —No le digas nada. (Silencio) ¿Querés un mate?

Prosperina —(Trata de bajar un cambio. Acepta el mate. Lo toma) Es un asco.

Guadalupe —Sí, ya sé. Iba a cambiar la yerba..., pero como después me iba a matar... no sé, me pareció innecesario.

Prosperina —Deja que lo arreglo yo. (Se pone a arreglarlo) ¿Le dijiste a Francisco de esta idea tuya de matarte?

Guadalupe —Y claro. Sino para que me voy a matar...

Prosperina — Ah. Te querés matar para hacerlo sentir culpable.

Guadalupe —No sé, puede ser.

Prosperina —Pero después no vas a estar para verlo sufrir... ¿Te das cuenta?

Guadalupe —(Piensa) No lo había pensado.

Prosperina —¿Qué te dijo él?

Guadalupe —Nada.

Prosperina —¿Cómo nada?

Guadalupe —No me respondió.

Prosperina —¿Vos te das cuenta que el mensaje pudo no haberle llegado?

Guadalupe —¿Vos decís?

Prosperina —(Que ya la supera la pelotudez de su prima) Sos pelotudísima mal.

Guadalupe —Igual también le mandé un mail.

Prosperina —Capaz que no lo abrió.

Guadalupe —Y también lo puse en el muro de mis redes, y lo etiqueté.

Prosperina —¿Qué fue lo que pusiste?

Guadalupe — “Francisco Carranza. Si hoy no venís a mi casa antes de las cinco de la tarde, me voy a tirar por la ventana”.

Prosperina —¿Eso pusiste? (Guadalupe afirma con la cabeza).

¿En el muro? ¿Vos te das cuenta que eso lo leyó todo el mundo?

Guadalupe —Y sí. Porque pensé... “Si no le llegan los mails o los mensajes, por lo menos alguien le va a avisar”.

Prosperina —¿Y?

Guadalupe —Nada. Solo comentó un amigo de él.

Prosperina —¿Qué puso?

Guadalupe —“Decile a tu vieja que después nos pase el horario del velorio así vamos a comer sanguchitos gratarola”.

Prosperina — Qué hijo de puta. ¿Cómo se llama?

Guadalupe —Teodoro, es un amigo medio payaso que tiene.

Prosperina — Bueno, por lo menos sabés que alguien lo leyó. Seguro que le avisó.

Guadalupe —No sé. Espero.

Prosperina — Igual no son las cinco todavía.

Guadalupe —Sí, ya se.

Prosperina —¿Y si se entera la novia?

Guadalupe —No me importa.

Prosperina —Veo que estás dispuesta a todo.

Guadalupe —¿Qué querés que haga? Quiero estar con él. Me cansé de verme a escondidas. Lo amo más que a nada en el mundo.

Prosperina —¿Querés que te acompañe a un psicólogo?

Guadalupe —¿Y para qué voy a ir a un psicólogo? Él es el que tiene que ir... para ver si aprende a no hacerme lo que me hace.

Prosperina —No tenés noción de nada. ¿Qué voy a hacer con vos?

Guadalupe —¿Y si vas a comprar unas facturas?

Prosperina —¿Facturas?

Guadalupe —Sí, tengo un poco de hambre.

Prosperina —Claro, yo salgo a comprar facturas y cuando vuelvo estás estampada en la vereda.

Guadalupe —No, hasta que no termine de escribir esta carta no me puedo matar. Estuve viendo muchas películas, y entendí que, sí o sí, hay que dejar una carta suicida dando todas las explicaciones. Más que nada para que los padres no se culpen...y eso...

Prosperina —Claro, pobre tus santos padres. ¿Y cómo va la carta?

Guadalupe —(Mostrando la hoja en blanco) Nada. Todavía no se me ocurre nada.

Prosperina —Bueno, igual tenés que esperar hasta las cinco... ¿No?

Guadalupe —Claro. Hasta las cinco y cuarto le voy a dar tiempo. Ya veo que me mato y él llega a decirme que quieres estar conmigo, como pasa en Romeo y Julieta.

Prosperina —No pasa eso.

Guadalupe —¿Cómo qué no?

Prosperina — Por lo menos en la película no pasa.

Guadalupe —Porque debe ser una versión libre.

Prosperina —(Que ya no le importa la discusión). Sí, seguro. Bueno, ya vengo. Me voy a comprar unos sándwiches de miga que no comí en todo el día. (Parándose para irse).

Guadalupe —Dale, comprame a mí también. Fijate si conseguís de jamón crudo con pan integral.

Prosperina —Mirala a la futura muerta cómo se da todos los gustos.

Guadalupe —Mi papá dice que los gustos hay que dárselos en vida.

Prosperina — Cómo te gusta hacer teatro... La boluda soy yo que te doy pelota.

Guadalupe —Te quiero mucho, prima. Gracias por venir.

Prosperina —De nada primita. Intentá no saltar por la ventana que ya vengo.

Guadalupe —¿No estaría bueno que lo filmes desde abajo? Así después lo subís a internet y lo ve Franchu.

Prosperina —(Saliendo. Puteando por lo bajo) La concha de tu puta madre...

ACTO 04 (Lujan y Felicitas)

(Tocan el timbre y Lujan va a atender)

Luján —¿Sí? ¿Quién es?

Felicitas —Soy Felicitas.

Luján —¿Quién?

Felicitas —Soy la novia de Francisco. (Silencio. Lujan no sabe si atender). Solamente quería charlar con vos. (Silencio). Para que queden las cosas en claro.

Luján —Bancame que busco la llave. (Sale hacia la pieza y vuelve a entrar. Abre). Pasá.

Felicitas —Hola, gracias por abrir.

Luján —Todo bien. Pasá. Sentate.

Felicitas —(Sentándose) Gracias. (Se miran en silencio) Sos linda.

Luján —Vos también.

Felicitas —Ya sé. (Irónica) Pero parece que no alcanza. ¿No?

Luján —Decime lo que me viniste a decir.

Felicitas —Mirá... Yo voy a luchar por Francisco. Él es mi novio, es mío. Lo quiero para mí.

Luján —A mí no me interesa Francisco.

Felicitas —¿Eh? (Que no entiende). ¿Cómo que no te interesa?

Luján —No. No me interesa. Si me lo sacás de encima, me hacés un favor.

Felicitas —Pero... ¿Vos no vas a tener un hijo de él?

Luján —No, el hijo no es de él. El hijo es mío. Eso es lo que parece que tu novio no entiende.

Felicitas —¿Pero te embarazó él?

Luján —Sí, eso sí. Pero solo nos vimos una noche... Yo no quería que él se enterara que me embarazó.

Felicitas —¿Por?

Luján —Porque quiero criarlo sin padre.

Felicitas —¿Sin padre?

Luján —Ajá.

Felicitas —¿Se puede saber por qué?

Luján —No, no se puede. Son motivos personales.

Felicitas —¿Y él cómo se enteró que te dejó embarazada?

Luján —Por un conocido en común.

Felicitas —¿Y él se quiere hacer cargo?

Luján —Sí, pero yo no quiero saber nada. Ya se lo expliqué varias veces.

Felicitas —¿Vos no querés estar con él?

Luján —No, no quiero. Si te lo llevas bien lejos y no lo veo nunca más, me haces un favor enorme. Porque se está poniendo demasiado pesado.

Felicitas —¿Él qué quiere? ¿Criar el hijo con vos?

Luján —No sé bien qué quiere. Dice que se quiere hacer cargo, que quiere estar conmigo, que se quiere casar conmigo... cosas así...

Felicitas —¿Casar?

Luján —Sí, casar. Eso dice.

Felicitas —¿A vos él no te gusta?

Luján —Me da lo mismo. Es uno más.

Felicitas —No es uno más. Por algo quedaste embarazada.

Luján —Quedé embarazada porque no la sacó a su debido momento.

Felicitas —(No lo puede creer) ¿No la sacó?

Luján —(Reconfirmando) No la sacó.

Felicitas —¿Y por qué no se cuidaron?

Luján —No sé, estábamos re-empedo. Cuando nos dimos cuenta, ya había pasado todo.

Felicitas —Bueno. Gracias por ser sincera conmigo.

Luján —Si soy sincera es porque quiero que te lo llesves. Sos la novia. Si no podés hacer algo vos, no sé qué hacer.

Felicitas —Está bien, vos dejame a mi. Yo me encargo.

Luján —Bueno. Gracias.

Felicitas —¿Y el bebé?

Luján —Él bebe es mío. Lo voy a tener, pero no me interesa reclamarle nada a él.

Felicitas —¿Y qué le vas a decir a tu hijo cuando crezca?

Luján —No sé, ya veré.

Felicitas —¿Si quiere conocer a su padre que le vas a decir?

Luján —Le diré que se murió en un accidente, o algo así.

Felicitas —(Piensa si está dispuesta a tolerarlo) No, no puedo.

Luján —¿Qué cosa no podés?

Felicitas —No puedo correr el riesgo.

Luján —¿Qué riesgo?

Felicitas —La primera que va a tener un hijo de Francisco soy yo. Me parece que es lo que corresponde.

Luján —Y vas a ser la primera, no te preocupes. Ya te dije que este hijo es mío sola.

Felicitas —Pero lo tuviste porque te acostaste con él.

Luján —Pero nadie se va a enterar.

Felicitas —Pero ahora ya lo sé. No puedo vivir pensando que vas a tener un hijo de mi novio, con los genes de mi novio, con los rasgos de mi novio...

Luján —No sé qué decirte... Es la realidad.

Felicitas —Te pido que abortes. Yo te doy la plata si hace falta.

Luján —No, olvidate. Este hijo va a nacer. Es una decisión tomada.

Felicitas —Te lo digo por las buenas, nena. No me ombligues a hacer algo que no quiero.

Luján —¿Por las buenas? ¿Me estás amenazando?

Felicitas —¿Y qué te parece?

Luján —Andate de mi casa.

Felicitas —(Parándose) ¿Vas a abortar o no?

Luján —Ya te dije que no. Andate, ya te dije todo lo que querías saber.

Felicitas —(Saca de la cartera la trincheta) Ese hijo no puede nacer. Te tendrías que haber cuidado.

Luján —¿Qué hacés, pajera?

Felicitas —Sos muy puta, pendeja, muy puta.

Luján —(Saca un revolver que tenía guardado y la apunta).

Andate o te pego un tiro, la concha de tu madre.

Felicitas —(Que no se esperaba el revolver) ¿Y eso?

Luján —Mi hijo va a nacer. ¿Escuchaste? (No responde).

¿Escuchaste?

Felicitas —Sí, sí. Está bien.

Luján —Andate, pelotuda, y ni se te ocurra volver a aparecer por mi vida, porque te hago encerrar para siempre.

Felicitas —¿Teodoro te aviso que yo iba a venir?

Luján —(Sonríe) Andate de una vez, loca de mierda. (Felicitas sale. Lujan cierra con llave y se sienta a tranquilizarse. A su hijo). Nadie te va a hacer nada, mi amor. Mamá te cuida. Vos crecé tranquilo.

ACTO 05 (Guadalupe y Teodoro)

(Se encuentra Guadalupe haciendo unos dibujos y escuchando música distorsionada en su pieza. Entra Teodoro. Guadalupe no lo escucha, sigue concentrada en su dibujo. Está dibujando algo sangriento y morboso con unas fibras de colores. Teodoro chusmea, sin que Guadalupe se dé cuenta. De repente lo ve y se asusta).

Guadalupe —¿Qué hacés acá?

Teodoro —Me mandó Francisco.

Guadalupe —¿Qué dijo?

Teodoro —¿Podés bajar un poco la música?

Guadalupe —(Apaga el equipo de música). ¿Quién te abrió?

Teodoro —(Se hace la señal de la cruz). Tu santa madre.

Guadalupe —¿Mi mamá?

Teodoro —Sí. ¿No la conocés? ¿Querés que te la presente?

Guadalupe —No sabía que estaba en casa.

Teodoro —Igual ya se fue. Me abrió... y se fue con dios.

Guadalupe —¿Se fue?

Teodoro —Sí, salió rezando entre dientes con un rosario en la mano. (Tratando de decir algo agradable sobre su madre). Es linda la remera de la Virgen que se hizo estampar. Muy estética, muy chic. (Cambia de tema repentinamente) ¿Y? Al final no saltaste. ¿Qué pasó? ¿Mucho viento?

Guadalupe —No pude, tuve cosas que hacer.

Teodoro —¿Lo pasaste para más adelante en tu agenda, o preferís seguir viviendo y ver si te atropella un avión?

Guadalupe —No sé todavía. Depende de Francisco.

Teodoro —¿De Francisco?

Guadalupe —¿Qué te mandó a decirme?

Teodoro —Mira Guada... ¿Te puedo decir Guada?

Guadalupe —Sí, me da lo mismo.

Teodoro —¿Te pusieron así por la virgen de Guadalupe?

Guadalupe —Sí.

Teodoro —¿A qué te lo puso tu mamá?

Guadalupe —Sí, dale, Teodoro... ¿Qué te dijo, Fran?

Teodoro —Bueno. El asunto es así. Francisco va a ser papá.

Guadalupe —¿Cómo?

Teodoro —Sí. Embarazó sin querer a una chica. Una pibita todo flacucha..., si vos la vieras..., no vale dos mangos..., una porquería...

Guadalupe —Pero si Francisco tiene novia.

Teodoro —Sí. ¿Y eso qué tiene que ver? ¿No se acostaba con vos teniendo novia? ¿Por qué no se va a poder acostar con otras?

Guadalupe —Sí, pero yo soy yo. Me dijo que era la única segunda. ¿Qué soy ahora? ¿Tercera? ¿Cuarta?

Teodoro —Mira..., hoy por hoy, ya no importa a qué número asciende el harén de tu ex amante; porque el semental con flequillo, maduró, y ahora sólo quiere quedarse junto a la madre de su futuro hijo, y ser un padre responsable; así como pasa en las películas argentinas, que los personajes de golpe cambian de personalidad en contra de todo escrito psicoanalítico.

Guadalupe —¿Me estás hablando en serio?

Teodoro —Por más que nos pese en el alma, es la cruda realidad.

Guadalupe —No lo puedo creer.

Teodoro —Acá lo que importa es que no te sientas mal. Pensá que no te dejo solamente a vos, que apenas eras una segundona más, sino que dejó a todas. ¡A todas! Dejó a la mina de la estación de servicio, dejó a la hija de la panadera, y hasta dejó a

su novia. ¡A su novia! Así que no hay porque amargarse... ¿Te das cuenta? ¡Vamos, que la vida es hermosa! ¿Eh? ¿Eh? ¿O no?

Guadalupe —Te pido que te vayas.

Teodoro —Pero no... ¿Adónde voy a ir? Mejor me quedo acá, así vigilo que no saltes como una rana por la ventana.

Guadalupe —Voy a saltar por la ventana igual. Mejor que no estés, no quiero que te inculpen de nada.

Teodoro —¿Vos te das cuenta que, si saltás, voy a ser la última persona que estuvo con vos? Voy a ser el principal sospechoso.

Guadalupe —¿Y para qué viniste?

Teodoro —Te vine a informar sobre la razón del corte de la relación con tu amante... No me podés hacer esto, Guachu-guachu.

Guadalupe —Está bien.

Teodoro —¿Por qué no te cebás unos mates y charlamos un rato?

Guadalupe —No tengo ganas de tomar mates.

Teodoro —Dale...

Guadalupe —No.

Teodoro —Dale Guachu...

Guadalupe —Te dije que no.

Teodoro —¿Después de todo lo que hice me vas a negar unos mates?

Guadalupe —(Lo mira. Él pone cara de perro mojado) Está bien. Pero ceba vos.

Teodoro —Ahora vas a ver. Te voy a cebar unos mates que te vas a arrepentir de no haber saltado antes. (Arma el mate y se pone a cebar).

Guadalupe —¿Por qué no vino él a decirme todo esto?

Teodoro —A ver... ¿Adivina?

Guadalupe —¿Era muy doloroso para él?

Teodoro —(No lo puede creer) Eh... no. Por eso no.

Guadalupe —Entonces no sé. Él era mi Romeo.

Teodoro —(Irónico y podrido) Qué lindo.

Guadalupe —Yo era todo para él. No entiendo.

Teodoro —¿No sabés si tu mamá se drogó mucho mientras estaba embarazada?

Guadalupe —No, no. Mi mamá es muy católica.

Teodoro —¿Y por qué saliste con el cerebro así, medio achicharrado?

Guadalupe —¿Cómo achicharrado?

Teodoro —(Harto) Escuchame, “Julietta Capuleto Petereto”, ¿si eras el amor de su vida, porque nunca dejó a su novia?

Guadalupe —Porque él tenía miedo de que ella se matara.

Teodoro —¿Eso te decía?

Guadalupe —¿Era mentira?

Teodoro —Francisco es capaz de decir cualquier pelotudez con tal de llevar a una mujer a la cama. Si yo te cuento con la cantidad de minas con las que estaba, mientras estaba con vos, te cortás las venas con una licuadora oxidada.

Guadalupe —Pero... ¿Vos decís que me engañó?

Teodoro —Veo que de a poquito vas cayendo. Lo que pasa que naciste con el freno de mano puesto. Entonces es más complicado. Pero tiempo al tiempo que todo llega.

Guadalupe —¿Qué voy a hacer?

Teodoro —¿Por qué no me das una oportunidad a mí?

Guadalupe —(No entiende) ¿Cómo?

Teodoro —Claro, yo no tengo novia, ni suegra, ni amante, ni madre.

Guadalupe —¿Cómo que no tenés madre?

Teodoro —¿Vos te acordas cuando lo conociste a Francisco?

Guadalupe —Claro, fue en el cumpleaños de tu primo.

Teodoro —Esa noche cometí el error de hacerle saber a Francisco que me gustabas. Y él, no pudo evitarlo. Tuvo que seducirte. Una cuestión de ver quien es el más macho, cosa de monos, ver quien la tiene más extensa y todo ese asunto.

Guadalupe —¿Y porque nunca me dijiste nada?

Teodoro —¿Qué te iba a decir? Yo soy el payaso. Nadie se enamora del payaso. El payaso es para hacer reír. El payaso no es sexy.

Guadalupe —A mí me gustan los payasos.

Teodoro —Y eso que no me viste maquillado.

Guadalupe —¿Cómo pudiste seguir siendo amigo de Francisco después de eso?

Teodoro —Sabía que alguna vez iba a llegar este momento. (La mira).

Guadalupe —Son un asco tus mates. (Tratando de hacer un chiste). Son para morirse, realmente.

Teodoro —Yo te avisé con previo aviso. Carta documento abstenerse.

Guadalupe —Dame que voy a calentar más agua.

Teodoro —Ojo, no vas a meter la cabeza adentro del horno. (Le da el termo).

Guadalupe —Gracias por venir.

ACTO 06 (Prosperina y Beatriz)

(Está sentada en su oficina Beatriz sacando cuentas. Llega Prosperina).

Prosperina —Buen día.

Beatriz —Buen día. Pasá. Sentate.

Prosperina —Me dijeron que me estaba esperando.

Beatriz —Sí. (Prosperina se sienta). ¿Qué pasó el viernes?

Prosperina —(Desentendiéndose). ¿El viernes?

Beatriz —Sí, me dijeron que saliste dos horas antes, y no volviste más.

Prosperina —(No puede creer que la hayan delatado). Sí, fue así. Tuve que salir por una urgencia.

Beatriz —¿Esto es la primera vez que pasa, o suele pasar seguido?

Prosperina —No, no. Yo siempre cumplo con mi horario... y mis responsabilidades. Fue un caso “muy especial”.

Beatriz —Entenderás que, como gerente, no puedo pasar esto por alto.

Prosperina —(Entendiendo que la pueden llegar a despedir).

Pero es la primera vez... Todos saben lo responsable que soy.

Beatriz —¿Estás al tanto de que, el pedido que tenía que salir a Neuquén, no salió?

Prosperina —(Que se había olvidado completamente del pedido). ¿Cómo que no salió?

Beatriz —No, no salió. Y ahora el cliente nos canceló el pedido. Me dijo que no lo quiere, por la demora.

Prosperina —(No lo puede creer). ¿Lo canceló? Pero si se hicieron zapatos exclusivamente para ese pedido... ¿Cómo lo va a cancelar?

Beatriz —El cliente había aclarado que tenían que estar para hoy en Neuquén.

Prosperina —Es imposible.

Beatriz —¿Qué cosa es imposible?

Prosperina —Que me haya olvidado de mandarlo, no lo puedo creer.

Beatriz —No sé qué te está pasando. Pero quiero que sepas que yo no puedo dejar pasar esto.

Prosperina —¿Me van a echar?

Beatriz —Los jefes están buscando a los responsables de lo que pasó. Pensá que se perdió muchísima plata.

Prosperina —Digalés que no va a volver a pasar.

Beatriz —(Dando a entender que ya está todo dicho). Mirá, Prosperina...

Prosperina —Fue un caso especial. Mi prima se quería matar...

Beatriz —(Sorprendida) ¿Cómo?

Prosperina —Sí, mi prima me mandó un mensaje diciéndome que se iba a matar, y como no podía comunicarme con ella, pensé lo peor. Entonces salí corriendo.

Beatriz —¿Y ella está bien?

Prosperina —Sí, sí. Lo que pasa es que, tiene los padres muy ausentes. Y yo cumpla un poco el rol de hermana mayor. Desde que es chiquita que la cuido... Me hice un poco cargo. Algo que no tendría que haber hecho. Ahora estoy pagando las consecuencias.

Beatriz —¿Qué edad tiene?

Prosperina —Dieciséis.

Beatriz —(Tomando la foto del portarretrato). Como mi hija.

Prosperina —¿Cómo se llama?

Beatriz —Luján. Está embarazada. ¿Lo podés creer?

Prosperina —(Que no sabe qué decir). No fue buscado...

Beatriz —(Niega con la cabeza) Dice que lo quiere tener.

Prosperina —¿Y el novio?

Beatriz —No tiene novio. Dice que ni sabe cómo se llama el padre.

Prosperina —¿No sabe?

Beatriz —¿Qué le está pasando a la juventud? ¿Qué cosa hicimos tan mal? ¿Cómo puede ser?

Prosperina —No sé. Parece que ya no hay tiempo para nada... Como que la vida te lleva. ¿No?

Beatriz —(Repitiendo). La vida te lleva. ¡Qué crueldad! Mi hija no tiene padre.

Prosperina —Falleció.

Beatriz —No, se fue. No volvió más. (Saca la billetera. Busca la foto y se la muestra).

Prosperina —Parece simpático.

Beatriz —Sí, era muy simpático.

Prosperina —¿Dónde está ahora? (Beatriz levanta los hombros denotando que no sabe. Prosperina le devuelve la foto. Beatriz la mira).

Beatriz —Todavía lo sigo esperando. Dieciséis años después.

Prosperina —Mi prima se quiso matar por un chico. Un chico que nunca dejó a su novia por ella.

Beatriz —¿Cómo una se puede querer tan poco? ¿Qué nos pasa?

Prosperina —No sé. A veces siento que siempre estamos esperando recibir amor de la persona equivocada.

Beatriz —¿Vos tenés hijos?

Prosperina —No, todavía no. También sigo buscando al amor imposible.

Beatriz —¿Qué ejemplo le di a mi hija? (La mira a Prosperina.

Prosperina le sonrío. Beatriz vuelve a mirar la foto de su ex y la

rompe). Mi hija me necesita. (La mira a Prosperina). Dejame hablar con los jefes. Yo me encargo.

Prosperina —¿En serio?

Beatriz —Vos déjame a mí

Prosperina —Gracias, pero... No quiero que tenga problemas por mí.

Beatriz —Somos seres humanos. Si no lo saben entender, que se compren unos robots, y nos dejen de joder.

Prosperina —Gracias. Va a salir todo bien.

Beatriz —(Por su hija). La quiero tanto. Espero que tu prima se mejore.

Prosperina —Va a llevar tiempo. Pero creo que ya paso lo peor. (Beatriz le sonrío).

Momento Final (Inicia una canción a un volumen que no permite oír lo que dice ningún actor. Sigue la escena de la oficina. Beatriz llama por teléfono a sus superiores mientras Prosperina mira la foto de Luján. Por un lado, entran charlando, Teodoro con Guadalupe. Por el otro lado, entra Felicitas, y pasa junto a ellos, los mira mal, Teodoro saluda simpático. También aparece Luján con su cochecito orgullosa. Apagón. Final de la obra)

Siempre piden más

Carola

Patricia

(Sobre el escenario se encuentra Carola Estanislao pintando un cuadro en su atril. Lo mira, le da pinceladas. Está poseída por su trabajo. Suena el timbre. No le presta atención. Vuelve a sonar. Atiende en automático con la mente puesta en la pintura).

Carola —¡Va! (Sale a abrir la puerta. Vuelve a entrar mirando la pintura. Patricia entra caminando detrás de ella. Carola sigue pintando).

Patricia —Buenas noches, Carola. (Carola no contesta). ¿Ya tiene lo mío? (Nada). Carola... ¿Me escucha?

Carola —(Da la última pincelada). Ahora sí, ahora sí. Perfecto.

Patricia —¿Lo terminó?

Carola —Nunca se sabe, mi querida, nunca se sabe. En este momento, veo la obra, y siento que está finalizada. Pero cuando la vea mañana, probablemente me pida más. Siempre piden más...

Patricia —(Mirando la obra. Sorprendida y asustada). Qué interesante..., no se parece en nada a lo que yo vi antes suyo.

Carola —(No la escuchó). ¿Qué cosa? ¿Qué estaba diciendo?

Patricia —(Que se quiere ir). Nada, nada importante.

Carola —Ah... (Se da cuenta de que hay alguien con ella. La ve y no recuerda haberle abierto). ¿Usted cómo entró?

Patricia —(No comprende la pregunta). ¿Cómo?

Carola —¿Yo le abrí la puerta?

Patricia —Sí, claro, claro. ¿No lo recuerda?

Carola —La verdad que no. Estaba concentrada en mi obra. ¿Qué le parece?

Patricia —Eh... Fuerte, me parece bastante fuerte.

Carola —¡Fuerte! Maravilloso. ¿Qué siente?

Patricia —¿Qué siento?

Carola —Claro. ¿Qué siente al verla? Piense que usted es la primera persona que la ve.

Patricia —Ah, claro... Y... no sé, me da un poco de impresión...

Carola —¿Le da impresión? (Le da gracia).

Patricia —Sí, más que nada por el color rojo. Parece sangre real. ¿No?

Carola —(Carola tiene las manos vendadas) “Es sangre real” (Mostrándole las manos): Es mi sangre.

Patricia —(Asustada). Ah. Mire qué bien.

Carola —No había forma de armar ese rojo. Yo quería el mismo rojo. No había forma. Tuve que usar mi sangre.

Patricia —Comprendo. (Sin saber que decir). Le quedó perfecto.

Carola —Es cierto. Quedó perfecto. Realmente perfecto.

Patricia —Estoy... un poco apurada.

Carola —¿Cómo?

Patricia —¿Ya tiene mis pinturas listas?

Carola —¿Sus pinturas? (Se da cuenta de lo que le habla).

Claro, sus pinturas. Sí, las tengo ahí. (Señala un lugar del escenario en donde están). ¿Se las va a llevar ahora?

Patricia —Sí, sí.

Carola —Muy bien. Espere que voy a buscar algo en qué envolverlas.

Patricia —Sí, cómo no. ¿Las puedo ir viendo?

Carola —Haga lo que quiera, son tuyas.

Patricia —Bueno, gracias. (Carola sale. Patricia agarra la obra más grande. Tiene dibujada a una mujer teniendo relaciones con un hombre mientras lo apuñala y grita. Patricia se queda anonadada. No puede dejar de mirarla. Vuelve a entrar Carola).

Carola —Las vamos a envolver en estas bolsas de consorcio, porque no tengo otra cosa. Total, usted está en auto... ¿No?

Patricia — (Que sigue en shock). ¿Cómo?

Carola —¿Vino en auto?

Patricia —¿Quién?

Carola —Usted, Patricia. ¿Qué la pasa?

Patricia —Carola. Estas no pueden ser las obras que le encargue.

Carola —¿No?

Patricia —No. Es imposible.

Carola —(Tira las bolsas en el piso). A ver, déjeme ver. (Agarra la obra y del otro lado esta su nombre). Sí, sí, son las tuyas,

Patricia. ¿Usted no me pidió tres obras?

Patricia —Sí, sí. Pero... A ver. Las obras tuyas que yo vi, en lo de Laura Lustondi, eran muy diferentes a estas.

Carola —No recuerdo. ¿Qué obras me compró Laura?

Patricia —Le compró unos óleos hermosos, en donde hay flores, manzanas, jarrones, naranjas...

Carola —Ah, sí. Ya sé. Unas obras horribles. Hace años que no pinto así.

Patricia —Pero si ella se las compró hace dos años.

Carola —¿Dos años? (Piensa) Claro, Laura vino acá, le mostré lo que tenía, y ella se encajetó con esas pinturas viejas. Creo que las pinté cuando estaba estudiando. Cosas que nos pedían que pintemos los docentes. Unas porquerías que ni siquiera me animé a firmar.

Patricia —(No lo puede creer) Ajá, comprendo. ¿Y no tendrá más de esas pinturas viejas?

Carola —No. Hace una semana prendí fuego todo.

Patricia —¿Prendió fuego?

Carola —Sí. No quería más nada de mi pasado. Estoy empezando una vida nueva. Prendí fuego todo.

Patricia —Pero... ¿Porqué? ¿Qué le pasó?

Carola —Crisis, cambios; mi marido se fue y me dejó por otra...

Patricia —¿Su marido?

Carola —Sí. ¿Qué tiene de extraño? ¿No sabía que los maridos pueden irse, si quieren? Los maridos no son perros... son maridos. ¿A usted nunca se le fue uno?

Patricia —¿Un marido?

Carola —Sí, o un novio, un amante, lo que mierda sea...

Patricia —No, no. Yo me casé de muy chica. Siempre estuve con Luis.

Carola —(Burlándose de su armonía). Siempre estuve con Luis. Muy bien, muy lindo, muy linda historia. Chin, chin... Tengo que seguir pintando, Patricia, le pido por favor que se vaya. Llévese los cuadros y cuelguelos donde más le guste.

Patricia —Carola, comprendamé. Yo no puedo colgar estos cuadros en nuestra casa nueva.

Carola —¿Por qué no puede? ¿Le faltan paredes?

Patricia —¿Usted sabe que tengo hijos chicos?

Carola —No, no sé nada de su vida, señora Patricia. Solo sé que es amiga de Laura no se cuánto... y que vino hace un mes a encargarme tres cuadros para su nueva casa. No me dijo que tenía chicos, ni que tenía esposo, ni nada... Usted me encargó tres cuadros y me los pagó. Ahí están los tres cuadros.

Lléveselos, por favor, y dejemé seguir trabajando.

Patricia —Carola, yo no puedo colgar esos cuadros en mi casa. Por favor, pintemé otra cosa. Le doy el tiempo que necesite, pero, por favor, pintemé algo que pueda ser colgado en una casa de familia.

Carola —(Ofendida) ¿Qué tienen de malo mis obras?

Patricia —A ver... Son muy violentas. ¿A usted no le da esa sensación?

Carola —Yo, lo único que sé, es que estoy pasando por la mejor etapa artística de mi vida. Estas obras están vivas, más vivas que usted misma.

Patricia —¿Usted se da cuenta que, los personajes de esta obra, están teniendo relaciones?

Carola —¿Eh?

Patricia —¿Cómo puedo poner en la pared de mi casa un cuadro con dos personas fornicando?

Carola —(Burlándose). ¿Fornicando? (Le da gracia. Con el cuadro en la mano). No se confunda, Patricia, no están fornicando... ¡Están cogiendo, Patricia! ¡Están cogiendo, y se están matando! Porque el amor también mata, señora. ¿Lo sabía? ¡El amor te puede destrozar!

Patricia —(Terminante). No me pienso llevar estas obras. Si no me pinta otra cosa, le voy a tener que pedir que me devuelva el dinero.

Carola —No pienso pintar otra cosa. Esto es lo que brota de mi alma. Bronca, violencia, rabia... ¡Soy una perra rabiosa!

Patricia —Entonces devuélvame la plata, por favor.

Carola —Esa plata no la tengo más. Además, no tengo porque devolverle nada. Usted me pidió tres obras y ahí están. Nunca me dijo si quería que le pinte naranjas, pomelos o porongas amarillas.

Patricia —Yo no puedo ir con esas obras a mi casa, mi marido me mata si se entera que compré estos cuadros. El dinero es de él. ¿Se da cuenta?

Carola —Pobre hombre. Le dio plata para comprar naranjas y floreros, y usted le va a llevar sexo y sangre.

Patricia —Se lo pido por última vez, Carola. Pintemé otra cosa, por favor.

Carola —Yo no pinto a pedido, yo pinto lo que me nace, pinto lo que necesito liberar. No creo que a su marido le guste mi estilo. ¿Porque no se va de una vez y admite que se equivocó de artista?

Patricia —No puedo irme sin el dinero.

Carola —¿Su marido le va a pegar? (Silencio). Pobre mujer. Me da lástima, realmente.

Patricia —Ayudemé, por favor.

Carola —¿Usted ama a ese hombre?

Patricia —¿A Luis?

Carola —Sí, a su esposo. Al que la mantiene. Al único hombre con el que “fornicó” en su vida.

Patricia —Sí, creo que sí.

Carola —Vamos a hacer una cosa. Las pinturas van a volver a ser mías. Pero, no se ilusione, no le pienso devolver el dinero. Sólo lo voy a tomar como un pago por adelantado de las clases de pintura que va a empezar a tomar conmigo. ¿Qué le parece?

Patricia —¿Yo? ¿Pintora?

Carola —De esa manera usted va a poder pintar lo que quiera para su santo esposo.

Patricia —La verdad es que... no sé...

Carola —Estoy apurada. Tengo que seguir. Elija. ¿Se va sin el dinero o intenta aprender a pintar usted?

Patricia —No sabría qué pintar.

Carola —Tiene mucha mierda por sacar. ¿No le parece? (Silencio) Es cuestión de enseñarle cómo sacarla. Dejemé enseñarle, Señora de Taguada.

Patricia —¿Cuándo empezaríamos?

Carola —La espero mañana a esta hora. (Se pone a mirar el cuadro nuevamente).

Patricia —Mañana a esta hora tengo Taichí.

Carola —(Sin mirarla) Hasta mañana, Patricia. (Patricia se queda inmóvil. Carola hablando del cuadro). Siempre piden más, siempre piden más... (Le empieza a dar unas pinceladas)

Patricia —(Mira el cuadro que iba a ser de ella. La mira a Carola). Hasta mañana, Carola. Gracias.

Carola —(Sin escucharla ni mirarla salir) Siempre es así, siempre piden más...

Bernabé

Filomeno

Damián

Odontóloga (fuera de escena)

(Sala de espera en el dentista. Sólo se encuentra esperando Filomeno. Está leyendo una revista “Caras”. Está triste por lo que lee. Hay música de sala de espera. Después de unos segundos entra Damián. Filomeno quita la mirada de la revista y lo mira. Damián saluda con un gesto simpático. Filomeno devuelve el saludo, y vuelve a la revista. Damián se sienta. Mira el reloj. Mira a Filomeno)

Damián —¿Vos... a qué hora...?

Filomeno —(Quitando la mirada de la revista) ¿Cómo?

Damián —Digo... Tu turno... ¿A qué hora es?

Filomeno —No estoy seguro. Sé que era hoy. Pero no me acuerdo a qué hora...

Damián —Está bien, gracias. (Filomeno vuelve a la revista)

Filomeno —¡Qué tristeza! ¡Dios mío!

Damián —¿Cómo?

Filomeno —(Mostrándole la revista) Mire.

Damián —A ver.

Filomeno —¿Qué le parece?

Damián —(Lee los títulos de la nota que le muestra) Mirá...

Filomeno —Pobre chica. ¿No?

Damián —Y sí.

Filomeno —Anoche estuvo en la televisión.

Damián —¿Sí?

Filomeno —Se me partía el alma. ¿Usted la vio?

Damián —No, no.

Filomeno —¿Trabaja de noche?

Damián —No, estábamos mirando una película.

Filomeno —(Asombrado) ¿Una película?

Damián —Sí. Mi esposa alquiló una comedia.

Filomeno —(Ofendido). Mirá vos. Una comedia.

Damián —¿Qué es lo que te asombra?

Filomeno —Nada, no sé. Como el país estaba de duelo...

Damián —¿Por qué? ¿Quién murió?

Filomeno —¿Me estás cargando?

Damián —Me podrías decir quien murió.

Filomeno —Acabás de leer la nota... ¿Qué tenés? ¿Alzheimer?

Damián —¿Vos hablás del hijo de la conductora?

Filomeno —¿Y qué te parece?

Damián —Ah... (Se queda mirando la revista) Filomeno —¿Me devolverías la revista?

Damián —Sí, sí, tomá. (Se la da).

Filomeno —(Agarrándola). Ahora le voy a decir a Leticia si me la puedo llevar.

Damián —Está bien.

Filomeno —¿O la quiere usted?

Damián —No, no para nada.

Filomeno —Y claro. Si a vos te importa una mierda.

Damián —Escuchame, pibe. ¿Por qué no te tranquilizas un poco?

Filomeno —Estoy de duelo, señor. Tenga un poco de respeto.

Damián —(Respira)

Filomeno —¿Usted tiene hijos?

Damián —Sí, sí. Tengo.

Filomeno —¿Cuántos tiene?

Damián —Uno, uno solo.

Filomeno —¿Varón?

Damián —Sí.

Filomeno —¿Cómo se llama?

Damián —Fausto.

Filomeno —¿Qué haría si Fausto se muere?

Damián —¿Qué?

Filomeno —Eso. Imaginesé en el funeral de su hijo.

Damián —(Parándose). ¿Qué te pasa, pibe? ¿Querés que te cague a trompadas?

Filomeno —(Tranquilo) No, la verdad es que no quiero que me cague a trompadas.

Damián —Entonces cállate un poco.

Filomeno —Está bien. Me callo. (Silencio) Sólo quería hacer una comparación entre Fausto y Bernabé.

Damián —¿Quién es Bernabé?

Filomeno —(No lo puede creer). ¡Es el hijo de Celeste Estéfano!

Damián —Mirá pibe. Yo no la conozco a Celeste Estéfano. No tengo porque sufrir por su hijo. ¿Me entendés?

Filomeno —¿Pero usted no mira su programa?

Damián —No, no lo miro.

Filomeno —¿Y qué mira a esa hora?

Damián —No sé, depende del día.

Filomeno —Igual, aunque no mira el programa, la conoce a Celeste. ¿O no?

Damián —Claro que la conozco. ¿Cómo no la voy a conocer?

Filomeno —¿Usted qué sintió cuando se enteró de la muerte de Bernabé?

Damián —Yo que sé... ¿Qué voy a sentir? Habré dicho: “Pobre piba”.

Filomeno —¿Pobre piba? Ella es famosa, señor. Ella triunfó. Ella nos acompaña todos los días. Nos representa. Bernabé era hijo de ella, pero también era hijo de todos.

Damián —Está bien, listo. No tengo ganas de discutir. Decí lo que vos quieras. A mí no me interesa.

Filomeno —¿No le interesa?

Damián —Hay millones de chicos que se mueren todos los días, pibe, y eso no sale en las revistas. ¿Sabías?

Odontóloga —(Se escucha la voz de la dentista desde afuera)
Pasá, Filomeno.

Filomeno —Sí, gracias doctora. (Se levanta y va hacia la puerta del consultorio).

Damián —¿Y mi turno doctora? (No obtiene respuesta. Se para. Se vuelve a sentar. Agarra el celular y llama. Ella atiende) Hola, vida. No llego. Ya sé, yo quería ir, me moría de ganas..., pero todavía estoy acá, en el consultorio de la dentista. No sé, siempre me atendió puntual. No sé qué le pasa hoy. Recién pasó un pibe que parece que estaba antes que yo. No sabés, me estuvo volviendo loco. Está obsesionado con el hijo de la conductora. Claro, Bernabé. No sé, no para de hablar de eso, me tiene podrido. ¿Cómo que no es para menos? No empecés vos también, Carina... (Sale Filomeno del consultorio y se vuelve a sentar). Bueno, después te cuento. Besos amor. Cuidate.

Después te llamo. Te amo, chau, chau. (Corta)

Filomeno —¿Era su esposa?

Damián —¿Qué te importa!

Filomeno —Está bien.

Damián —(Se para y va hacia el consultorio. Habla a través de la puerta entornada). ¿Quería saber si faltaba mucho?

Odontóloga —Estoy un poco atrasada. Le pido disculpas. Aguárdeme un poquito más que ya lo atiendo.

Damián —Bueno, está bien. (Se vuelve a sentar).

Filomeno —¿Qué edad tiene Fausto?

Damián —¿Te podés callar?

Filomeno —Por la tele mostraron el cajoncito en donde enterraron a Bernabé. Todo chiquitito. Parecía el cajón en donde guardo las medias. ¿Se imagina a Fausto en un cajón así?

Damián —(Yendo hacia Filomeno). ¿Qué te pasa, enfermo mental? (Lo agarra por el cogote y lo levanta).

Filomeno —¡Pará! ¡Soltame!

Damián —Ya te dije que te calles, y seguís hablando.

Filomeno —Voy a seguir hablando hasta que entiendas que tenés que llorar a Bernabé.

Damián —¡No lo conozco, idiota! ¡No lo conozco a Bernabé!

Filomeno —¿Cómo que no lo conocés? Te lo mostré. Es el de la revista, pelotudo. Es el hijo de Celeste Estéfano.

Damián —Te dije que no me importa.

Filomeno —Entonces a nadie le va a importar cuando su hijo esté muerto. Ni su esposa va a ir al velorio. Ojalá que se muera ahora mismo. (Damián ya se repudrió. Lo tira al piso y lo recaga a patadas. Música al palo, griterío. Filomeno logra pararse y sale corriendo).

Damián —Corré, hijo de puta, corré porque te mato a trompadas. (Se queda mirando por donde el otro salió. Agitado).

Odontóloga —(Desde afuera). Filomeno... Pasá, por favor. (Silencio). Filomeno.

Damián —No está. Se fue.

Odontóloga —¿Cómo que se fue, si estaba anestesiado?

Damián —Creo que era una urgencia.

Odontóloga —¿Era el que gritaba?

Damián —Sí, no sé qué le pasó...

Odontóloga —¡Qué increíble! Bueno, pase usted entonces.

Damián —Deme un segundo. (Agarra el celular. Llama a su esposa): Hola, Patricia. ¿Dónde está Fausto? ¿Está con vos? (Se tranquiliza). No. Que hoy no vaya al jardín. Por favor, Patricia, después te explico. ¿Él está bien? Bueno, mejor así. Besos. (Entra al consultorio). Buenas tardes, Leticia. ¿Cómo anda? Odontóloga —¿Qué quiere que le diga? Acá estoy, en shock, todavía. Pobrecito.

Damián —¿Quién? ¿Qué pasó?

Odontóloga —¿Cómo quién? ¿Dónde vive usted? ¿No se enteró lo de Bernabé? (Sube la música). Pobre angelito. Quién diría que le puede pasar algo así a un hijo... (La música tapa la voz).

El payaso de Galdina

Ismael

Teobaldo

(Casa antigua. Se encuentra Teobaldo acomodando algunos objetos en cajas. La puerta de calle está abierta. Entra Ismael disfrazado de payaso observando hacia todos lados sin comprender la situación).

Ismael —Permiso.

Teobaldo —(Que no sabe quién es) ¿Sí?

Ismael —Sí, hola. ¿Qué tal?

Teobaldo —¿A quién busca?

Ismael —¿No se encuentra Galdina? (Teo niega con la cabeza).
¿Se mudó?

Teobaldo —No. Galdina falleció.

Ismael —(Esperando haber entendido mal). ¿Falleció?
(Teobaldo confirma con su cabeza. Ismael no lo puede creer).
¿Cómo que falleció? ¿Qué pasó?

Teobaldo —(Que no entiende la reacción) ¿Usted quién es?

Ismael —(Sin contestar la pregunta) No puede ser. ¿Qué le pasó?

Teobaldo —Un ataque al corazón. ¿De dónde la conocía?

Ismael —(Para sí). ¿El corazón? ¿Justo el corazón?

Teobaldo —(Insistente). ¿De dónde la conocía a mi mamá?

Ismael —¿Usted es su hijo?

Teobaldo —Sí, soy Teobaldo.

Ismael —Claro, Teobaldo. Teobucho.

Teobaldo —¿Cómo sabe que, me dicen Teobucho?

Ismael —Galinda me mostró fotos tuyas de cuando era chico. Siempre me mostraba sus fotos.

Teobaldo —¿Mis fotos?

Ismael —Tenía una que era su preferida. Una en donde está usted en el campo, arriba de un caballo marrón, con un sombrero de vaquero. Creo que está puesta con un imán en la heladera.

Teobaldo —(Se acuerda de la foto). Sí, fue en el campo de mi tío. Pero...No entiendo. ¿Por qué le mostraba esas fotos?

Ismael —(Se da cuenta que nunca se presentó). Perdón. Yo soy Chaparrito. El payaso Chaparrito. Un gusto. Es hermoso conocerte en persona.

Teobaldo —¿Trabajás de payaso?

Ismael —Sí. Va, en realidad tengo varios personajes. Pero su mamá siempre pidió que sea un payaso. Todavía me acuerdo cuando me llamó por primera vez. Inventé este personaje para ella.

Teobaldo —¿Y para qué lo llamó mi mamá a usted?

Ismael —(Recordando) Creo que le pasó mi número Elsita.

Teobaldo —¿Qué Elsita? ¿La vecina?

Ismael —Claro. La que vive acá, a dos casas.

Teobaldo —Sí, claro. Merendaba en su casa cuando era chiquito.

Ismael —Sí, me contó. Me dijo que usted comía chocolate águila con pan.

Teobaldo —Es cierto. Me había olvidado.

Ismael —Siempre hablaba de usted. Lo extrañaba. Me dijo que nunca más pasó a visitarla.

Teobaldo —Es que... vivo en capital... y siempre ando ocupado... (Se da cuenta que no tiene que darle ninguna explicación). ¿Y usted? ¿A qué se dedica? No entiendo.

Ismael —Doy servicios... sexuales.

Teobaldo —(Que espera haber entendido mal). ¿Cómo?

Ismael —Claro. Las mujeres me llaman, me dicen que quieren, cuál es su fantasía, y yo trato de cumplírselas.

Teobaldo —Decime que me estás cargando...

Ismael —No. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

Teobaldo —¿Vos me estás diciendo que... (No lo puede decir).

Ismael —Está bien. Entiendo que, en su rol de hijo, no es fácil asumir que su mamá necesitaba...

Teobaldo —Ojo lo que vas a decir.

Ismael —...cierto... desahogo.

Teobaldo —Mi mamá tenía sesenta y cinco años.

Ismael —Sesenta y siete.

Teobaldo —(Se da cuenta que el otro tiene razón y no le cae en gracia). Sí, sesenta y siete.

Ismael —Igual, su mamá para mí, era mucho más que una clienta.

Teobaldo —Dejá, no me contés más nada.

Ismael —Está bien. No hay problema.

Teobaldo —Es una locura (Que sigue sin poderlo entender). ¿Y con Elsitita también?

Ismael —Sí, claro. Primero fue con Elsitita. Para ella era "Sandokan".

Teobaldo —¿Quién es Sandokán?

Ismael —Otro de mis personajes.

Teobaldo —¿También es un payaso?

Ismael —No, no. Sandokán es un perro mantonegro.

Teobaldo —¿Un perro?

Ismael —Sí, tengo un vestuario increíble. Parece que lo hubieran hecho con pelo de perro de verdad.

Teobaldo —¿Vos me querés decir que ella tiene la fantasía de...
(No puede decirlo del asco).

Ismael —Así parece. Si me pongo a contarle lo que me pide cada cliente, tengo para escribir un libro. (Recuerda). Me acuerdo una vez que me llamaron las dos juntas.

Teobaldo —¿Cómo las dos juntas?!

Ismael —Claro. O sea, primero me llamo una y después la otra. (Tratando de sintetizar). El asunto es que tenía que ir a lo de su madre, y a la salida, pasar por lo de Elsita. Y con el apuro, y toda la cosa, me olvidé de cambiarme, y le caí a Elsita con el traje del payaso Chaparrito. Ahí fue cuando me enteré que Elsita, tenía Fobia a los payasos. No sabe lo que fue. Se puso a gritar como una loca. Salieron todos los vecinos a socorrerla. Por suerte su madre me salvó. Dijo que era su sobrino del exterior, que le quería dar una sorpresa, y que me había confundido de casa... Casi se nos va Elsita ese día. Quien iba a decir que su mamá se iba a ir primero...

Teobaldo —La verdad es que toda esta situación es muy incómoda para mí.

Ismael —Sí, lo entiendo. Pero déjeme decirle, que en los años que llevo haciendo esto, descubrí que todas las personas tienen sus fantasías. Usted también debe tener las suyas... ¿O no?

Teobaldo —Preferiría no hablar de eso con vos.

Ismael —Por más que no lo hable, las tiene igual. Todos las tienen. Desde las monjas hasta los policías. Los políticos, los ricos, los pobres... El asunto es animarse a cumplirlas en vida.

Teobaldo —¿Fueron muchas veces?

Ismael —¿Con Galdina? (Teo afirma con la cabeza). No sé. Nunca llevé la cuenta.

Teobaldo —Nunca lo hubiera imaginado.

Ismael —Estaba muy sola.

Teobaldo —Sí, ya se.

Ismael —¿Pudo llegar a verla viva? (Niega con la cabeza).

Claro, lo llamaron cuando ya era demasiado tarde.

Teobaldo —Murió cuando yo venía viajando para acá.

Ismael —Igual quiero que sepa que no todo era sexo.

Teobaldo —(Irónico.) Bueno, me alegro mucho.

Ismael —Al principio sí. Pero después terminaron importando más las charlas, las cenas... Hacernos compañía más que nada.

Teobaldo —¿Y tu familia que dice de todo esto que hacés?

Ismael —No tengo familia. Soy huérfano.

Teobaldo —Ah...

Ismael —Lo más parecido que tuve a una familia fue Galdina. A veces estábamos cenando y me decía Teobucho. Le salía sin querer... Serían las ganas de tenerlo a usted acá.

Teobaldo —(Que no tiene ganas de hacerse cargo de su ausencia como hijo). Bueno, Chaparrito. Yo tengo que terminar acá y me tengo que ir.

Ismael —Claro, entiendo.

Teobaldo —No sé cómo reaccionar con todo esto que me contaste.

Ismael —Quizá no tendría que haberle contado nada.

Teobaldo —Y... la verdad que no.

Ismael —Pero bueno. Entenderá que a mí también se me fue alguien importante.

Teobaldo —Sí, por lo que me contás, entiendo... Entiendo que al margen de toda lo innombrable, le hiciste compañía.

Ismael —Eso que para usted es innombrable, nos hace seres humanos.

Teobaldo —Sí, claro. Muy lindo.

Ismael —¿Podría ir al velorio?

Teobaldo —(No sabe que decir). No sé... mirá... es complicado para mí.

Ismael —Entiendo. No hay problema.

Teobaldo —Está bien. Andá. Pero no vayas disfrazado de nada, por favor.

Ismael —No, no. Voy de civil.

Teobaldo —Te pido que todo esto quede acá, que no se lo cuentes a nadie. No quiero que cambie la imagen de mi madre para la gente.

Ismael —Olvidesé. Sé que para mucha gente el sexo es vergonzoso. (Ismael le da la mano) Un gusto.

Teobaldo —Antes de irte... ¿Me dirías cuál es tu nombre real?

Ismael —Claro... perdón. Me llamo Ismael.

Teobaldo —(Sorprendido). ¿Ismael?

Ismael —Sí.

Teobaldo —¿Ismael Arriaga?

Ismael —(Sorprendido). ¿Cómo sabe mi apellido?

Teobaldo —(No lo puede creer. Está pasmado. Se sienta. Como habiendo descubierto un misterio) Usted es Ismael Arriaga.

Todo esto es una locura.

Ismael —No entiendo. ¿Qué pasa?

Teobaldo —Mi mamá le dejó esta casa a usted.

Ismael —¿Qué?

Teobaldo —Así como me oyó.

Ismael —Es imposible.

Teobaldo —(Saca la carta del abogado del bolsillo de su saco.

Lee). “Le dejo mi casa, con todo lo que hay dentro de ella, a Ismael Arriaga. Ya que fue quien iluminó los últimos años de mi vida”

Ismael —(No lo puede creer) ¿Su casa?

Teobaldo —(Dándole el papel a Ismael). ¿Querés leerlo vos mismo?

Ismael —No, está bien. Le creo.

Teobaldo —Toda la familia pensaba que se trataba de un señor mayor. Pero no encontramos números, fotos, nada. Y al final mirá quien era el señor Arriaga.

Ismael —Yo no puedo aceptar esta casa.

Teobaldo —¿Cómo que no podés?

Ismael —No, yo estoy alquilando un departamento. Ya tengo donde vivir.

Teobaldo —Mirá, si el deseo de mi mamá era que la casa sea tuya, yo no puedo hacer nada.

Ismael —Yo no la quiero.

Teobaldo —¿Por qué no la querés?

Ismael —Porque no corresponde. Él hijo es usted.

Teobaldo —Parece que no era así para mi mamá...

Ismael —Ello lo quería mucho. Estaba muy dolida por su ausencia, porque nunca la llamaba, y ni se preocupaba por ella... Debe haber sido eso. Pero nunca dejó de amarlo. Nunca dejó de hablar de usted... Seguramente su mamá quiso dejarme la casa porque sabía que yo no tengo nada. Pero no corresponde.

Teobaldo —¿No te gustaría tener una casa?

Ismael —Me gustaría tener una casa si me la puedo comprar yo. No quiero nada regalado. Nunca me regalaron nada.

Teobaldo —Bueno, parece que mi madre quería que vivas acá.

Ismael —Todo lo que su madre podía darme, ya me lo dio. Y no estoy hablando de nada vergonzoso. Yo fui usted por unos cuantos años. Fui su hijo. Pero ya está, el cuento se terminó. Y lo vivido me lo llevo. Tengo que seguir adelante. (Saca una tarjeta) Tome. Ahí está mi número. Que el abogado me llame

para firmar lo que haga falta para que esta casa vuelva a sus manos.

Teobaldo —Mirá que si la casa vuelve a ser mía la voy a vender.

Ismael —Y vendalá... Que le sea útil... (Silencio) Mire, yo me llevo los recuerdos de los últimos años con su madre, me parece que usted al menos se tendría que quedar con la casa. (No le contesta).

Teobaldo —¿Quiere alguna foto?

Ismael —No hace falta. Tengo muy buena memoria. (Comienza a salir). Hasta luego.

Teobaldo —Entre los girasoles.

Ismael —(Volviéndose). ¿Cómo?

Teobaldo —Ésa es mi fantasía. Hacerlo en el campo, entre los girasoles.

Ismael —Interesante. ¿Y ya la cumplió?

Teobaldo —No. (Piensa. Lo mira a Ismael) Todavía no. (Ismael sonríe y sale).